

RAFA VILA-SANJUAN

¿Sabemos de qué hablamos cuando hablamos de la guerra?

El gran espectáculo en el que se han convertido las guerras para quienes las observan a través de la pantalla o en fotografías sensacionales, donde el horror se aprecia sin ninguna venda, marca hoy la manera de conocer el mundo; una vía en la que sólo se observan las consecuencias, sin estimular preguntas que lleven a conocer el por qué de ellas; un conocimiento que podría motivar una acción más efectiva sobre las causas, o por lo menos desvirtuar un espectáculo que degrada a víctimas y espectadores. En este artículo el autor cuestiona la moralidad de un sistema donde el dolor humano se convierte en producto mercantil, donde la competencia se impone a la ética, y la desinformación al razonamiento y a la acción eficaz.

Rafa Vila-Sanjuan es director de Comunicación de Médicos sin Fronteras.

El cartel iba apareciendo insistentemente a lo largo de todo el recorrido. Colocado en los cajones metálicos que el *Evening Standard* dispone en las calles se podía leer de lejos “We Bomb Tonight”,¹ y en la boca de metro de Charing Cross —de camino hacia las librerías mejor nutridas de Londres— un vendedor de diarios voceaba esta frase cada vez que aparecía una nueva oleada de gente recién salida del metro. Podría haber sido una imagen de época y sin embargo se producía en la tarde del pasado 17 de diciembre de 1998, coincidiendo con los ataques aéreos contra Irak por parte de EE UU y Gran Bretaña.

Como responsable de comunicación de una organización humanitaria, había acudido a Londres la noche antes para asistir a una de las reuniones internacionales en las que compartimos experiencias y debatimos la forma de transmitir mejor, a través de los medios, una visión humanitaria del mundo. La

¹ “Esta noche bombardeamos”.

sencillez y contundencia de aquel mensaje no buscaba aproximarnos a una realidad: nos invitaba directamente al espectáculo, como hacen los diarios deportivos, implicándonos y haciéndonos tomar partido de antemano. "We Bomb Tonight". En sólo tres palabras resumía la influencia decisiva que los medios de comunicación juegan en cualquier conflicto o contexto humanitario. Aquel titular nos invitaba a asistir en directo frente al televisor al espectáculo anunciado para las nueve de la noche. El diario había ilustrado mucho mejor que las horas previas de reunión hasta qué punto el mundo, el mismo en el que vivimos e intentamos entender y a veces humanizar, se puede convertir inmediatamente en espectáculo.

Irak, Kosovo, Bosnia, Ruanda o Afganistán, son algunos de los lugares en donde el sufrimiento humano, por diferentes razones, ha ido tomando forma de espectáculo en estos últimos años. Como espectadores hemos contemplado horrorizados la consecuencias de estos escenarios en crisis. Cuando el final de la Guerra Fría anunciaba un sistema mundial más estable, la realidad, sin embargo, nos ha vuelto a sorprender; hoy por hoy, es mucho más complejo entender e interpretar un mundo que ya no gira en torno a los dos bloques de antaño.

Desde la caída del muro de Berlín vivimos un período de transición en donde los valores utilizados para explicar el mundo del último medio siglo ya no funcionan y no tenemos todavía los parámetros que permitan una aproximación relativamente simple al sistema actual. Paralelamente, por el efecto de las nuevas tecnologías, se ha multiplicado la cantidad de medios y se ha acelerado el proceso de la información. Podríamos afirmar que los medios han perdido la capacidad de acercarnos a la realidad del mundo, o que en su frenética carrera por transmitir antes que la competencia e incrementar los índices de audiencia han perdido el rigor que se les supone y se olvidan del principio básico de distinguir entre verdad y mentira. Podríamos pensar, que la información está en otra parte, pero sería un ejercicio extremadamente simplista, que no se ajusta a la realidad y olvidaríamos que también en los medios existe diversidad.² Sí podemos convenir, en cambio, que la visión del mundo a través de ellos ya no es suficiente para comprenderlo.

El escenario mundial se ha vuelto más complejo y turbulento. Proliferan multitud de nuevos actores, cuya finalidad en muchos casos ya ni siquiera es política. Se lucha por el territorio, por las materias primas, por el comercio, por el control de las comunicaciones, por la droga o por la supervivencia. Se enfrentan bandas, clanes, mafias, señores de la guerra y estados desestructurados que acaban desestructurando aún más el entramado social, sumiendo a amplios sectores de la población mundial en la miseria y el caos. Mientras tanto, en el denominado mundo occidental, la gente dispone de una cantidad nunca vista de información sobre este "nuevo orden mundial". Pero esta información —apunta Ignacio Ramonet— "que durante mucho tiempo fue escasa y onerosa, se ha convertido en pululante y prolífica; con el aire y el agua, se ha convertido en el elemento más abun-

² Hasta los críticos más recalcitrantes hacia el papel de los medios de comunicación aceptan no sólo su relevancia sino que recurren a ellos para tener una primera aproximación a la realidad.

dante del planeta. Cada vez menos cara en la medida en que aumenta su caudal, pero —tal como el aire y el agua— cada vez más polucionada, contaminada”.³

En los escenarios en crisis, los medios de comunicación y las organizaciones humanitarias somos, junto a las partes en conflicto y las víctimas, los únicos testigos directos de la situación. Es lógico por lo tanto pensar que ambos compartimos la responsabilidad sobre la información que llega a la opinión pública, porque de ella va a depender la legitimidad de nuestro trabajo y la confianza que la sociedad deposita en unos y otros. Pero, sobre todo, la capacidad de influir en la comunidad internacional.

De la misma forma que los periodistas tienen la obligación de reflexionar sobre las consecuencias de su trabajo, verificar las fuentes y sobre todo cuestionarlas cuando se trata de la “versión oficial”, las organizaciones humanitarias debemos mostrar el rigor de los principios que animan nuestro trabajo, utilizando el potencial que permiten los medios, pero evitando la tentación de sumergirnos en el sistema o de anteponer los objetivos de la organización a los de la protección de las poblaciones. El movimiento humanitario, no nace de la idea de desarrollo o asistencia a una población, sino del concepto de protección de la víctima. La acción, por lo tanto no es suficiente si no va acompañada de un análisis para hacer frente a las causas que la motivan. Es un medio para contestar el orden establecido y apuntar sus carencias. Profundizar en el conocimiento mutuo por encima de los recelos es una obligación de la que ambos podemos salir beneficiados en el compromiso de explicar el mundo a todos los que se esfuerzan por entenderlo.

Zapping

Cuando decidimos estudiar periodismo muchos lo hicimos con la convicción de que saldríamos a dar testimonio del mundo que nos rodea. Puede parecer una idea romántica, pero la mayoría nos iniciamos en la información con el deseo de convertirnos en corresponsales en algún lugar remoto, y si era una guerra, mejor. El periodismo ha sido considerado a lo largo de su relativamente corta historia como un arma para la lucha política, para la defensa de las ideologías o como una herramienta para interpretar y acercarnos a la realidad. Sin embargo, en el final de este milenio, la información ha traspasado la barrera ideológica para entrar de lleno en el mercado. El efecto inmediato ha sido comprobar cómo ésta se convierte en mercancía y su difusión genera enormes beneficios. Baste citar las millonarias exclusivas que se pagan por revelar la intimidad de cualquier famoso, o las todavía más escalofriantes cifras que generan los derechos de las retransmisiones deportivas. Sin abandonar el ámbito de los conflictos, si somos capaces de vender los sentimientos, ¿por qué no sería posible hacer lo mismo con una guerra? Los intereses de mercado no apuestan por la verdad o la mentira, por la ética o por una aproximación rigurosa a la realidad, sino principalmente por la audiencia, de forma que cuanto mayor sea ésta, mas valor tiene la noticia. Abrumados por esta realidad, la aproximación al mundo que nos rodea o bien obedece a una visión econó-

*El periodismo
ha sido
considerado a
lo largo de su
relativamente
corta historia
como un
arma para la
lucha
política, para
la defensa de
las ideologías
o como una
herramienta
para
interpretar y
acercarnos a
la realidad.*

³ Ignacio Ramonet: *Un mundo sin rumbo*. Editorial Debate 1997.

La televisión se ha convertido en el centro de gravedad de la información hasta tal punto que si no hay imagen no hay noticia.

mica —o sea de los países ricos— o queda relegada al anecdotario. La pobreza y el tercer mundo no existen, más que cuando generan espectáculo.

Desde finales de 1989 se han sucedido más de medio centenar de conflictos armados, pero ahora es difícil establecer un criterio para saber cuándo uno de ellos puede convertirse en acontecimiento internacional y va a propiciar que se enciendan los focos de la atención mundial. No hay una guía de estilo, pero sí algunas claves que nos pueden ayudar a entender el proceso que sigue la información hasta convertirse en mercancía y su posterior distribución, que determina por qué unas crisis merecen las portadas y los titulares y otras permanecen en el olvido.

Un conflicto ni se inicia ni se acaba en el preciso instante en que aparecen las cámaras, aunque hay que decir que vivimos en la era de la imagen y a través de ella y especialmente de la televisión tenemos la sensación de asistir a los acontecimientos en directo, sin intermediarios. La televisión se ha convertido en el centro de gravedad de la información hasta tal punto que si no hay imagen no hay noticia. Pero el hecho de que haya imágenes tampoco es suficiente por sí mismo, tienen que poder ofrecerse de forma continuada para conseguir un efecto acumulativo, si no, la noticia desaparece, engullida por la ingente cantidad de información que consumimos diariamente.

El espectáculo se inicia en los telediarios. Explicarlo resulta sencillo. Imaginemos que cada mañana recibiésemos 10 periódicos, aparte del engorro de papel no tendríamos tiempo de leerlos y a lo sumo les echaríamos un vistazo rápido. Es una situación impensable para la prensa, pero no para la televisión. Cada uno de nosotros, sin contar antenas parabólicas ni canales de pago, recibimos entre seis y diez cadenas de televisión; todas ellas comparten la misma franja horaria para las noticias y por tanto compiten para atraer la atención. La televisión juega con la pereza del espectador, y con la aparición del mando a distancia adapta la realidad a formatos de 30 a 120 segundos de forma que pueda mantener una tensión continuada. Las noticias acaban pareciéndose cada vez más a anuncios publicitarios cuyo objetivo principal es entretener y lanzar un solo mensaje, muy claro, pero excesivamente simple.

Para acceder al umbral del espectáculo, el conflicto debe ser aislado. Aunque la realidad sea otra, no hay dos guerras al mismo tiempo, al menos en las pantallas de la televisión. Un telediario no puede ocuparse de dos hambrunas ya que para la audiencia son insoportables, y para el espectáculo es una repetición del mismo número. Se producen entonces los silencios informativos, vacíos que deja huérfana o en la indiferencia a una parte importante del mundo que nos rodea: la hambruna en Sudán, la guerra en Somalia, Liberia o Afganistán, el desorden en los Grandes Lagos o los enfrentamientos entre India y Pakistán aparecen intermitentemente. Sin intención de desánimo y aunque casi nadie hable de ellos, ninguno de estos conflictos entraba en vías de solución en el momento en que sólo había ojos para Kosovo; algunos incluso se han agravado precisamente por saber que los medios de comunicación no ofrecerán testimonio de sus atrocidades. Un amigo que trabajaba en labores humanitarias en Afganistán, me comentaba hasta qué punto se había recrudecido la represión desde que la atención estaba centrada en Kosovo. En Congo-Brazzaville, a la sombra del conflicto de los Balcanes, las

milicias del presidente habían intensificado sus matanzas y deportaciones de civiles no armados. En pocos días, más de 5.000 muertos y 200.000 deportado mientras los propios milicianos pintaban en sus coches la palabra "Kosovo", en agradecimiento a quienes les estaban dejando hacer su trabajo más libremente.⁴

Las imágenes de televisión son mucho más eficaces cuando presentan consecuencias que cuando analizan las causas. Su lenguaje es pobre y proclive a eliminar los matices, tiende a enfrentar posiciones, a crear amigos y enemigos. El problema de Irak es Sadam, por supuesto convenientemente demonizado, ya que unos cuantos años antes era el gran amigo de Occidente; el Islam se asocia al terrorismo en estado puro, independientemente de que sea una de las religiones más extendidas y con mayor número de practicantes; el problema de Kosovo es Milosevic. Así, los problemas, en vez de analizarse en función de sus causas, tienen siempre una razón aceptada casi de forma espontánea y las víctimas acaban siendo únicamente aquellas percibidas como absolutamente injustas. Por eso, el medio millón de niños muertos en Irak, como consecuencia del embargo decretado por la ONU, no tiene la menor posibilidad de pasar este filtro, ni tampoco las víctimas serbias de los albanos-kosovares. En el proceso de simplificación han quedado en el otro bando.

La noticia convertida en mercancía devalúa el concepto de verdad como valor de la información en aras de la audiencia. El espectador, sin embargo, sigue percibiendo la imagen como verdad y su repetición hasta la saciedad le da un valor absoluto. De poco sirve decir que los cormoranes agonizantes en la guerra del Golfo, cubiertos de petróleo crudo, ni eran víctimas de esa guerra, ni las imágenes pertenecían al Golfo. Se reprodujeron prácticamente en todas las televisiones del mundo y no hay fuerza ni razón que pueda convencer de su mentira. El testimonio de una enfermera kuwaiti, mostrando las matanzas de niños en las incubadoras de los hospitales por los soldados de Sadam, sacudió a la opinión pública de forma decisiva, justo en el momento en que el Congreso estadounidense decidía la intervención. El inconveniente es que también era mentira.

El proceso de elaboración de la información se muestra excesivamente vulnerable a la manipulación y, a pesar de que cada vez hay más medios, quienes manejan los entresijos de la comunicación internacional son cada vez menos. Es una consecuencia directa de la globalización, que está dejando en manos de unos pocos grupos mediáticos las fuentes de información.

A pesar del esfuerzo por diferenciarse, la prensa escrita, a la que le corresponde un papel de análisis más detallado y exigente, acaba normalmente dominada por la actualidad de las imágenes y por las leyes del mercado. Los enviados especiales, que con la rapidez en la transmisión de noticias han sustituido a los corresponsales, chocan muchas veces con sus propios medios cuando descubren que su capacidad para elaborar la noticia es escasa, ya que la "agenda" se decide desde las redacciones y acaban limitándose a comentar, narrar o ilustrar lo que ya ofrece la televisión o la agencia.

*La noticia
convertida en
mercancía
devalúa el
concepto de
verdad como
valor de la
información
en aras de la
audiencia.*

⁴ El artículo "Brazzaville: massacre dans l'indifférence" lo firma Stephen Smith, uno de los corresponsales más prestigiosos en África. *Liberation*, 16 de junio de 1999.

Verdades, mentiras y cintas de vídeo

Kosovo ha supuesto la quintaesencia de todo esto. El fallo no hay que achacarlo a los periodistas que han trabajado con entrega a fin de contar qué sucede en el mundo que nos rodea, incluso poniendo a riesgo su seguridad. Al menos no hay que achacarlo únicamente a ellos. Ocurre que en Kosovo se reproducían todos los errores de un conflicto en el que estamos directamente implicados. Sabemos que aunque se pretenda camuflar de “humanitaria”, cuando se inicia una guerra la primera víctima es la verdad. Es una frase acuñada a principios de siglo, pero ahora con la rapidez con que circulan las noticias podemos asegurar que la primera víctima es la información, cuando se somete únicamente a la dictadura de la “verdad oficial”.

La invitación de la CNN al ministro de Información de Milosevic para realizar una entrevista en directo desde la Televisión Serbia en el mismo momento en que iba a ser bombardeada puede ser pura coincidencia, pero el hecho de que 24 horas antes la misma cadena retirara de allí a su personal, ante el conocimiento del bombardeo de este edificio, da pie cuando menos a sospechar hasta qué punto el rigor informativo se puede perder en aras del espectáculo y la audiencia. Más sorprendente aún es que la cadena pública británica BBC —que durante la Guerra de las Malvinas puso en jaque al gobierno Thatcher amenazándolo con recurrir a imágenes argentinas para mostrar la realidad de un conflicto al que su propio ejército les negaba el acceso— en Kosovo convirtiera un sólo cadáver, víctima del ejército de Milosevic, textualmente “en una ciudad cubierta de cadáveres”.⁵

No voy a citar las mentiras de la prensa serbia, entre otras cosas porque no he tenido acceso a ella, pero es mas que evidente que no está en condiciones mínimas de garantizar las funciones que se le suponen en un régimen de libertades. Principalmente porque no hay libertades en la Yugoslavia de Milosevic. Por si hubiera dudas, no ha faltado espacio en los medios para que políticos relevantes como el ministro de Exteriores británico, Robin Cook, paseara por la prensa europea un artículo en el que destacaba que “el pueblo serbio recibe a diario una ración de mentiras de su propio Gobierno”.⁶ El mismo día, el primer ministro Tony Blair convocaba a periodistas de todo el mundo para alertarles del control al que iban a ser sometidos en el interior de Serbia al utilizar el Estado los medios de comunicación como arma de guerra.⁷ Para un mensaje tan sencillo no le hacía falta su equipo habitual de asesores de comunicación, incluido el portavoz , Alastair Campbell

⁵ Uno de los escasos artículos que durante este conflicto ha cuestionado el papel de los medios y de la información en la última crisis de Kosovo ha sido el que publicó Robert Fisk: “la discutible labor de los periodistas en Kosovo” en *El País*, 30 de Junio de 1999, ampliado posteriormente en *Le Monde Diplomatique* (Edición Española) y titulado “Mentiras de Guerra en Kosovo” Julio de 1999. Lamentablemente, la respuesta a sus afirmaciones han ido en la línea de la descalificación personal o la justificación del conflicto, pero todavía nadie ha rebatido sus acusaciones a la CNN y a la BBC por manipular la información y faltar voluntariamente al rigor informativo.

⁶ En España fue publicado en *La Vanguardia* el 12 de Mayo de 1999.

⁷ Conferencia pronunciada en la Asociación de la Prensa de Londres el 10 de Mayo de 1999.

—el artífice, dicen, del triunfo de Blair en la campaña electoral— que había desembarcado de urgencia en el Cuartel General de la OTAN en Bruselas, donde estaban alarmados por la tendencia negativa que reflejaban las encuestas.

El panorama de la prensa en España durante el primer mes de intervención no parece tampoco mucho más independiente. Más de la mitad del espacio dedicado a esta crisis provenía directamente de Bruselas, es decir, bebía de las fuentes oficiales de la OTAN, sin cuestionar para nada sus postulados; la otra mitad se repartía entre los corresponsales desplegados en las zonas donde el éxodo de refugiados era mayor, y también el despliegue de tropas de la OTAN, y no era extraño comprobar cómo desde las redacciones se les pedía que corroboraran las imágenes que iban llegando: cuando no era la visita de algún mandatario a los refugiados, era la llegada “siempre inminente” de los helicópteros Apache que, a pesar de llenar páginas y páginas, tardaron más de tres semanas, o el despliegue caritativo de los militares en los campos de refugiados.

Se sabe desde hace mucho, pero sobre todo desde Vietnam, que las guerras, a diferencia del concepto clásico, ya no se ganan en el campo de batalla, sino en la retaguardia, es decir en la mente de la gente: en la opinión pública. Lo que es más preocupante es que los medios de comunicación hayan caído tan fácilmente en esta trampa, silenciando las voces críticas o relegándolas al enfrentamiento y siempre en los apartados de opinión. Su visión moderna del mundo, dominada por el lenguaje de la televisión, no ha consistido en informar, sino en convertir a la OTAN en fuente de noticias, elevando su discurso a la categoría de verdad absoluta. Así hemos llegado en volandas a un conflicto aún más pueril: la batalla de los que están a favor y en contra. En este empeño han olvidado que el mundo, tal como comentamos al principio de este artículo, —y Kosovo es un escenario más— no está formado únicamente por amigos y enemigos. Escoger entre estar a favor de la intervención de la OTAN o de la represión de Milosevic, es absurdo y sólo un incauto podría decantarse por la segunda opción. Pero una vez más, esta visión es demasiado simple para considerarla suficiente. Esa es la trampa.

Hablemos en serio, oponerse a la intervención de la OTAN no significa estar a favor de Milosevic, en absoluto. Oponerse a la intervención significa desarrollar propuestas de disuasión alternativas, presionar a las partes para establecer un diálogo, analizar las causas sobre las que se produce un nuevo estallido en los Balcanes y proponer soluciones a corto, medio y largo plazo (que en cualquier caso están todavía por llegar), agotando en definitiva todas las vías políticas, y denunciar que la guerra no puede ser nunca humanitaria y menos cuando, como en este caso, en vez de proteger a la víctimas las pone todavía en un estado más vulnerable. La guerra al final no es ni más ni menos que la falta de recursos. El final de la imaginación.

Pero no es preciso oponerse a ella para informar con rigor y es ahí donde más se ha notado la falta de crítica y reflexión. Hablar de Kosovo, no es el propósito de este artículo pero, aunque sea a modo de ejemplo, sigue pareciendo sorprendente que ningún medio haya hecho un ejercicio relativamente simple: comparar los acuerdos que Serbia no quiso firmar en Rambouillet antes del inicio del conflicto y los que vencidos y humillados terminaron por aceptar. Entre uno y otro

*Hablemos en
serio,
oponerse a la
intervención
de la OTAN
no significa
estar a favor
de Milosevic,
en absoluto.*

hay mucho espacio para la negociación y podría haber ahorrado el sufrimiento a millones de personas.

La opinión pública merece un debate abierto e inteligente que todavía no ha tenido lugar y no el linchamiento oficial de los intelectuales que se han atrevido a disentir. A fin de cuentas la opinión pública española estaba mayoritariamente en contra de la intervención de la OTAN un mes después del inicio de los bombardeos⁸ y sólo esta falta de reflexión y crítica por parte de los medios pudo cambiar la tendencia.

Humanitario ¿el fin de una buena idea?⁹

Si nos limitamos a la visión que nos ofrecen los medios es probable tener la sensación de que el mundo ha enloquecido de tal manera que no merece la pena reflexionar, pero no podemos achacarlo únicamente a la subjetividad y la selección que hacen los medios, ya que son inherentes a su propio trabajo, como lo son en cualquier otra parcela, incluida en la ayuda humanitaria.

Cabe preguntarse en este sentido si las organizaciones humanitarias han agotado todas las vías posibles en el proceso crítico y de movilización para hacer frente a las causas. Y lo cierto es que también encontramos limitaciones que devalúan el valor de nuestras acciones y que aportan más bien poco al proceso de reflexión y a la protección de las víctimas. Kosovo ha generado más preguntas que respuestas, pero si de verdad estamos interesados en comprender la realidad que nos rodea, nadie está exento de participar en el proceso crítico que ha abierto. Cuestionar el trabajo y los rendimientos de la ayuda humanitaria es un deber y sobre todo una obligación de quienes trabajamos en este desordenado escenario mundial. Pero el debate, encubierto, a puerta cerrada, en el interior de las organizaciones se empobrece y difícilmente puede servir a los fines que persigue. Normalmente acaba en la autocomplacencia y en la idea de que la acción humanitaria puede por sí sola solucionar los dramas a los que hace frente.

Es cierto que en ocasiones y especialmente en los grandes acontecimientos internacionales las ONG se ven presionadas a actuar por encima de sus posibilidades para satisfacer a quienes las apoyan. Tienen que tomar decisiones como si tuvieran capacidad gubernamental o como Estados. La acción humanitaria, no obstante, se desarrolla en contextos políticamente cargados y tiene que ser clara a la hora de expresar sus objetivos: la acción humanitaria suple la ausencia de un Estado que no protege los derechos de sus ciudadanos. Por naturaleza es provisional.

⁸ Según la encuesta realizada por Sofres y publicada en la edición del 1 de Junio en *El Periódico de Cataluña* solo un 34% de la población española apoyaba la intervención de la OTAN.

⁹ Hago referencia a un titular de David Rieff, uno de los corresponsales de guerra más prestigiosos y respetados, publicado en un artículo en *Newsweek* (10 de Mayo) titulado "el fin de una buena idea": Kosovo está mostrando a los trabajadores humanitarios una lección amarga: No hay soluciones humanitarias a los problemas humanitarios.

Por otra parte, no es suficiente calmar a la opinión pública lanzando un mensaje caritativo, ni nos podemos escudar en la realización de proyectos técnicos perfectamente ejecutados. La razón precisamente humanitaria no puede hacernos olvidar que el sufrimiento no se debe principalmente a la penuria o a la escasez, sino a la violencia.

Sobre el caos de Kosovo se ha puesto de manifiesto que lo "humanitario" está de moda, pero que de tanto utilizarse ha salido dañado. Nos han hablado de guerras humanitarias, bombardeos humanitarios, ejércitos humanitarios. Un panorama confuso en donde todos hemos entrado en el mismo saco. A partir de ahí las comparaciones se han hecho inevitables llegando a la conclusión de que lo humanitario como expresión de la sociedad civil se ha vuelto ineficaz al comprobarse que no hay soluciones humanitarias a las crisis humanitarias. Pero el análisis está equivocado ya que no existen problemas humanitarios sino políticos, económicos o sociales y es a sus consecuencias a lo que hace frente la ayuda. Por eso cuando lo humanitario se disfraza de guerra, de ejército o bombardeo, debe ser considerado como parte de la propaganda inherente a cada conflicto.

¿Qué es, pues, la acción humanitaria? Lo primero que se puede decir es que no responde a una agenda política, "que más que un acto de generosidad, tiende a restaurar espacios de normalidad en situaciones 'anormales'. Más que simple asistencia intenta restablecer un mínimo de dignidad humana y devolver los derechos que le corresponden a la persona dentro de un colectivo".¹⁰ La acción humanitaria se define por un gesto solidario que no tiene otra finalidad que la dignidad de las personas. Defenderla significa hacerlo sin intereses políticos, económicos, de raza, sexo, creencia o religión.

La asistencia, la reparación de daños no son en sí mismas acciones políticas. Dar de comer a las víctimas de la hambruna en Sudán, prestar atención médica o dar cobijo a los kosovares que han huido de sus casas perseguidos es fundamental. Pero no dice nada sobre las causas de un problema. Organizar centros de salud, dispensarios u hospitales móviles después del huracán Mitch no permite por sí sólo formular un programa de justicia social y, en todo caso, lleva a incluir el concepto de justicia en la asistencia. Pero en ambos casos, mas allá de asistir a las víctimas, la acción humanitaria permite señalar la injusticia y denunciar lo inaceptable. De esta idea nació precisamente a finales de los años sesenta el movimiento humanitario moderno, cuando un grupo de médicos se quitaron la bata blanca y expresaron con toda la indignación de la que eran capaces las causas por las que se estaba produciendo un genocidio. La unión de este grupo de médicos y otro de periodistas dio lugar a una nueva visión de la acción humanitaria, apoyada en la fuerza de la opinión pública, y al nacimiento de la organización Médicos Sin Fronteras.

El mundo ha cambiado enormemente desde entonces. En 1998 se produjeron 27 conflictos armados, más de 17 millones de personas murieron de enfermedades infecciosas y el número de refugiados y desplazados no ha parado de crecer

¹⁰ Françoise Bouchet-Saulnier: *Dictionnaire de Droit Humanitaire*. La Découverte. Paris, 1998. Médicos Sin Fronteras prepara una edición en castellano de este diccionario que aparecerá durante el año 2000.

hasta superar la barrera de los 50 millones. Pero la mayoría de países del tercer mundo siguen invirtiendo más en armamento que en sanidad, educación o vivienda. Ante la desestructuración de los Estados surgen grupos cuyo principal objetivo es controlar el poder para beneficiarse de sus recursos. El control de las materias primas sigue siendo el pulmón financiero de estos grupos que sin el apoyo de las potencias en una dinámica de bloques, ni la legitimidad de su propia sociedad, se mantienen únicamente gracias a la violencia, convirtiendo a su propia población en rehenes, ante la apatía internacional. El nuevo escenario es mucho menos seguro que el de hace una década. Entonces había unos interlocutores definidos y el enfrentamiento, la división de unos y otros, solían estar marcados por el territorio. Además, las partes en conflicto respetaban un cierto espacio para los derechos humanos y la ayuda humanitaria. Les iba su proyección internacional en ello.

Todo esto ha terminado. Hacer frente a los nuevos actores que están generando el sufrimiento humano supone afrontar de raíz problemas relativamente nuevos a los que las organizaciones humanitarias tienen que adaptarse. Con el proceso de globalización en el horizonte, el poder está cada vez más lejos de los Estados y más próximo a causas transnacionales cuyos intereses chocan en diferentes escenarios. A partir de ahora el análisis no podrá hacerse en función de dos visiones confrontadas del mundo sino a partir de las causas que lo generan: el tráfico de armas, el control de materias primas, el comercio internacional de recursos energéticos, la explotación infantil, la esclavitud... Sus actores son anónimos. Por eso ya no es posible apuntar únicamente a tal o cual gobierno, hacerles frente y atajar las causas que atenazan a las poblaciones en peligro es el gran reto que tenemos que afrontar. Saber quitarse la bata blanca en esta nueva realidad significa convertirse en ciudadano e interrogarse sobre el sentido global de la acción. Este es el humanitario que vale la pena defender frente a quienes argumentan que las organizaciones han perdido su eficacia.

Si superamos estos retos y aceptamos que la energía de nuestras democracias reposa, en primera instancia, en la fuerza de la sociedad civil, el movimiento humanitario tiene todavía un largo camino por delante. Las ONG trabajamos precisamente para canalizar este esfuerzo individual e intervenir en el debate público procurando influir. Pero en democracia, en la era de la globalización y la imagen, la diferencia entre actuar como consumidores o hacerlo como ciudadanos inteligentes radica precisamente en la capacidad de diferenciar entre publicidad e información. Las organizaciones tenemos que ser conscientes de este cambio y proponer alternativas claras para informar mejor, haciendo partícipe a la sociedad que nos apoya. Campañas como la de la transparencia en el comercio de armas o la de las minas, que inciden directamente sobre las causas, han sido un buen ejemplo de cómo sensibilizar y movilizar al mismo tiempo a la sociedad incorporándola en el debate.

Humanizar el mundo es cuestión de todos: organizaciones humanitarias y medios debemos superar retos constantes, pero la clave está en el individuo. En su capacidad de mirar al otro, al que sufre, no como algo diferente, sino precisamente como un ser humano, igual que nosotros. Planteémoslo de una manera abierta y franca. ¿De verdad esperamos que, sentados cómodamente frente al televisor, podamos crearnos una idea propia del mundo, de su diversidad, de su

*¿Sabemos de
qué hablamos
cuando hablamos
de la guerra?*

riqueza de matices o de sus problemas? Cuántas veces contemplando imágenes de desastres, de guerras, en fin, de la miseria humana nos hemos preguntado ¿y yo qué puedo hacer? Es precisamente ahí donde reside el secreto y la fuerza necesaria para cambiar las cosas. Estar informado requiere un esfuerzo, supone iniciar un proceso crítico y de búsqueda y selección de fuentes alternativas. Informarse sin esfuerzo es una ilusión que tiene mucho que ver con la propaganda y poco con la información. Confortablemente instalados en nuestro sofá y viendo la pequeña pantalla no podemos pretender seriamente estar informados, aunque desde luego no nos faltarán motivos para estar bien entretenidos.